

VILLAYERDE RICO, M.J. (2025). *Rousseau visto por sus contemporáneos: odio e idolatría*, Madrid: Guillermo Escolar.

Jean Jacques Rousseau no deja indiferente a nadie. Ni ocurría en su época ni ocurre ahora en pleno siglo XXI. Como es sabido, el ginebrino tenía una personalidad especialmente difícil que incluso ha sido considerada ejemplo de patologías psiquiátricas como aquella manía persecutoria que padeció tan a menudo y que se manifiesta, sobre todo, en el texto *Rousseau, juez de Juan Jacobo* escrito durante los últimos años de su vida. En realidad, todo aquel que se acerca a Rousseau acaba cayendo en elucubraciones psicológicas con o sin fundamento.

Sin embargo, a pesar de su carácter y de su comportamiento, objeto de chismorreos y malévolos cotilleos y comentado en numerosas ocasiones por sus amigos (casi siempre convertidos después en enemigos), fueron muchos entre todos ellos los que admiraron sus obras, brillantes y bien escritas, a pesar

de que Rousseau, de origen plebeyo, fue un autodidacta y no había recibido educación formal. Pero, aun así, su influencia ha sido inmensa: desde Robespierre que lo convirtió en un revolucionario, pasando por los románticos, los reaccionarios, Simón Bolívar, Fidel Castro..., hasta la actualidad, como veremos más adelante. De hecho, algunos intérpretes de su obra lo consideran uno de los autores más influyentes de los siglos XIX y XX para bien o para mal.

En todo caso, el libro de la profesora María José Villaverde, especialista en el pensamiento de Rousseau en particular y en el de la Ilustración en general, es fundamental para comprender la fascinación que muchos sintieron y aun sienten por este autor: por sus ideas, sus obras y por algunas de sus decisiones y elecciones vitales. Además, el libro está muy bien

escrito, es muy ameno y ofrece a los lectores todo un fresco de la época, de la vida cotidiana, del ambiente de París y de sus salones. De aquella célebre *República de las letras* con sus luces y sus sombras.

Y es que nuestra autora deja claro desde el principio que como historiadora de las ideas políticas lo que pretende no es ni absolver ni condenar sino conocer y comprender. Es decir, no se trata de juzgar a los autores y su época desde las categorías, principios y valores de la nuestra (como hacen los defensores de la llamada “cancelación”) sino que lo que interesa es entender al autor dentro de su tiempo y su mundo: su vida y su circunstancia, como han hecho siempre los mejores historiadores de las ideas. Para ello, Villaverde parece haberlo leído todo: conoce las últimas aportaciones sobre el siglo ilustrado por lo que la bibliografía, como las notas, es extensa y está actualizada. No en vano, ella ya había escrito sobre Rousseau en el pasado (*Rousseau y el pensamiento de las Luces*, 1987) y ahora completa ese trabajo con nuevas lecturas y reflexiones, indagando sobre todo en cuál era la visión que tenían los contemporáneos de Rousseau; una celebridad en una época en la que la fuerza e influencia de la opinión pública avanzaba sin freno como

nos recuerda otro gran especialista de la Ilustración, el francés Antoine Lilti en su libro *L'invention de la célébrité (1750-1850)*, de 2014.

En este sentido, resulta cuanto menos sorprendente la fama que acompañó a Rousseau desde el éxito de su *Discurso sobre las ciencias y las artes* premiado por la Academia de Dijon en 1750 aunque, como no podía ser menos en un personaje tan contradictorio como era el ciudadano de Ginebra, buscaba esta misma celebridad que a la vez le disgustaba profundamente. Lo mismo ocurría con sus relaciones personales que a menudo pasaban del amor al odio, y es sabido que no estaba a gusto en los salones. Villaverde transmite muy bien por qué la personalidad de Jean Jacques no encajaba en el ambiente de esas reuniones parisinas organizadas casi siempre por mujeres (las *salonnières*) pues, a pesar de sus simpatías por los valores ilustrados, reconoce la autora que los filósofos defensores de la libre discusión y de la tolerancia podían ser ellos mismos dogmáticos, fanáticos e intolerantes. De ahí, la denuncia que de su engreimiento e hipocresía hace Rousseau, aunque no solo le disgustaba esa sociabilidad mundana que favorecía ese tipo de caracteres, sino que asimismo sentía un profundo rechazo hacia las

ideas materialistas y ateas de algunos de los enciclopedistas y en eso, curiosamente, coincidía con los autores antiilustrados, los *anti-philosophes*, la Contra- Ilustración de la época.

Y aquí se encuentra otro de los méritos del libro: recuperar y sacar a la luz el pensamiento de una serie de autores poco estudiados (el abate Bergiér, Palissot, Moureau, Fréron, entre otros) mucho más diverso y complejo y con más matices que lo que ha transmitido su imagen tradicional que básicamente los consideraba devotos iletrados, cuando en realidad algunos de ellos, muchos teólogos y clérigos, podrían ser contados entre los ilustrados moderados. De hecho, y esa es una de las tesis de la autora del libro que comentamos, Jean Jacques puede ser considerado en cierta medida un *anti-philosophe* que amenaza a la Ilustración desde dentro de sus propias filas. Entre otras cosas por su fe religiosa (“su apego sentimental a la fe cristiana”), su defensa de las costumbres y virtudes espartanas, su visión de las mujeres, su patriotismo de corte nacionalista y militarista, el apego a un modo de vida autárquico y campesino ajeno a los valores materialistas y burgueses etc etc). Por eso mismo, los autores antiilustrados, jesuitas y jansenistas, podían encontrar

en él a un aliado. De hecho, aunque el propio Rousseau no se veía a sí mismo ni como un *philosophe* ni como un *antiphilosophe*, aun reconociendo las dificultades de su carácter y las contradicciones de su pensamiento, estos últimos alababan su honestidad y decencia.

Sin embargo, es también el autor de *Del contrato social* (1762) que le convirtió en el preferido de los jacobinos como Robespierre, y todavía hoy muchos lo consideran uno de los padres de la Revolución francesa, defensor de la soberanía popular, de la igualdad y de la auténtica democracia, mientras que otros, como el pensador liberal F.A. Hayek, encontraron en sus escritos ideas que conducirían al socialismo y a la democracia iliberal del futuro. Y ¿quiénes son los que aciertan o los que se equivocan? La propia autora que en su primer libro sobre Rousseau lo consideraba más bien un *anti-philosophe*, cree ahora que esa interpretación tiene que incluir ciertos matices que son los que irán desvelándose en esta rigurosa investigación porque, entre otras cosas, también existían diferencias dentro de cada uno de los bandos; pocas veces todo es blanco o negro. Precisamente, las últimas y más novedosas

interpretaciones sobre la Ilustración inciden en estas cuestiones: hay diferentes tipos de Ilustraciones, existen en ellas contradicciones y paradojas y las hay también fuera de Occidente. No existe un único relato como ocurre en el caso de Jean Jacques.

En definitiva, no resulta fácil clasificar a un autor de estas características (quizás tampoco pasada por renunciar a hacerlo) ni tampoco ponerse de acuerdo sobre su legado, aunque desde luego sería muy difícil negar su enorme influencia. Precisamente, la importancia que el ginebrino otorgó a la subjetividad y a los sentimientos; al pensamiento introspectivo. Su sensibilidad respecto al sufrimiento, las víctimas, el mal y la crueldad. Su compasión hacia los seres que sufren, lo hacen un autor sumamente interesante y actual. No en vano esa es la tesis de Judith Shklar, cuyo liberalismo del miedo comparte con Rousseau (al que dedicó su libro *Men and Citizens. A study of Rousseau's social theory* en 1969) la preocupación por el sufrimiento de las víctimas. Pero también la insistencia de nuestro autor en la importancia de las emociones para entender el comportamiento de los ciudadanos, de la vida social y política, resulta muy oportuna para analizar y

comprender nuestras actuales “democracias sentimentales”. Asimismo, su crítica al progreso y a los valores materialistas propios de una civilización burguesa encuentra seguidores no solo entre los ecologistas (Rousseau, muy aficionado a la botánica, celebraba las bondades de la naturaleza y disfrutaba enormemente con sus paseos solitarios por el bosque), sino también en autores como Slavoj Žižek cuyo último libro se titula precisamente *Contra el progreso* (2025).

Si es cierto - como escribiera la citada J. Shklar- que las ideas políticas se expanden con éxito cuando encuentran un clima emocional propicio, ese podría ser hoy el caso de Rousseau, aunque el que desde hace unos años se estén publicando numerosas, nuevas y originales interpretaciones sobre la Ilustración del siglo XVIII (véase a este respecto los libros relativamente recientes de Antoine Lilti, *La herencia de la Ilustración*, 2023; Stephen Pinker, *En defensa de la Ilustración: por la razón, la ciencia, el humanismo y el progreso*, 2018 y Anthony Padgen *La Ilustración. Y por qué sigue siendo importante para nosotros*, 2005), nos dice algo también: la necesidad de recuperar aquellos valores ilustrados que son el fundamento de la modernidad y

del liberalismo hoy en crisis. Para ello conviene conocer y reflexionar sobre las ideas y los valores de sus críticos, amigos y enemigos, pues somos herederos de los unos y de los otros.

Paloma de la Nuez
(Universidad Rey Juan Carlos)